

EL CÍRCULO DEL SABER

Modelo de Maduración Cognitiva y Retorno Integrado

I.

Una escena en la galería

Tres personas se detienen ante la misma fotografía.

La imagen es de Henri Cartier-Bresson: unos niños jugando frente a un muro semi derruido. La escena parece suspendida en el tiempo. Hay algo que vibra en ella, algo que no termina de resolverse. Y la imagen, vista de cerca, no es del todo nítida.

La primera persona observa unos segundos y comenta en voz alta:

"¿Se ve borrosa, no?"

La segunda persona —de pie a su lado— se gira con una expresión que mezcla indignación y desprecio:

"Dios, ¡qué cateto! El desenfoque es un recurso narrativo de Bresson para denunciar la falta de visibilidad de estos niños en el ámbito internacional. La instantánea fue tomada con una Leica IIIf, que llevaba a menudo. Esta es una obra muy pensada y trabajada. Decir que está borrosa es un insulto y demuestra que lo único borroso es tu cerebro."

La primera persona enmudece. No tiene vocabulario técnico para defenderse. Murmura un "lo siento" y aparta la mirada. Algo se cierra en ella.

Entonces, con voz pausada, interviene la tercera persona:

"En efecto, Bresson disparó esta con su Leica IIIf de cromo, una preciosidad. Pero no, esta no es una imagen pensada. Simplemente callejeaba por la ciudad cuando se encontró esta escena y disparó rápido. Seguramente llevaba su Summicron de 50mm a tope de apertura porque estaba bastante nublado, y claro, el rango focal era mínimo. Pero valía la pena. Y sí, es una imagen muy representativa de aquel momento. Pero efectivamente... está borrosa."

Y sonríe.

Hay tres personas. Tres relaciones radicalmente distintas con el mismo objeto. Y una sola pregunta que la escena deja en el aire: ¿quién de los tres ve mejor?

II.

De qué va esto

La respuesta no es la que parece evidente. El segundo observador sabe más que el primero. Eso es indiscutible. Pero el primero no estaba equivocado. Estaba describiendo con precisión lo que percibía. Lo que le faltaba no era capacidad de ver, sino el vocabulario técnico para sostener su observación ante alguien dispuesto a usarlo como arma.

Y el tercero —que sabe más que cualquiera de los dos— es el único que devuelve al primero su dignidad. No lo corrige. No lo condescende. Simplemente habla con la calma de alguien que ya no necesita demostrar nada.

Esta escena describe, comprimido, el mecanismo que llamamos el Círculo del Saber. Un patrón que aparece en prácticamente cualquier campo donde alguien aprende algo de verdad: fotografía, ciencia, cocina, deporte, música, medicina. El patrón tiene tres momentos.

Experiencia → Identificación → Integración

La imagen es la de un círculo que se está dibujando. Lo importante no es la figura acabada sino el gesto de trazarla: tiene un inicio, un desarrollo, y un cierre. El lápiz regresa cerca del punto de

origen, pero el trazo ya existe, ya ocurrió. La persona que cierra el círculo no es la misma que lo comenzó, aunque desde fuera pueda parecerlo.

Una aclaración antes de seguir: esto no pretende ser una teoría universal de cómo aprende la gente. Es más útil que eso. Es una herramienta para reconocer patrones, los propios y los ajenos, cuando ya han ocurrido o mientras están ocurriendo.

III.

Las tres fases

Fase I — Inocencia Experiencial

La primera persona de la galería ve la fotografía sin ningún filtro técnico. No sabe qué cámara usó Bresson, ni qué apertura llevaba, ni qué conversación existe en el mundo de la fotografía sobre el desenfoque como recurso. Ve lo que ve y lo dice.

"¿Se ve borrosa, no?" Una observación válida. La imagen tiene zonas fuera de foco. No hay error en el diagnóstico, hay ausencia de marco para interpretarlo, que no es lo mismo.

Lo más importante de esta fase no es la falta de técnica. Es que no hay nada que defender. El yo no está atado al saber, así que estar equivocado no cuesta nada existencialmente. De ahí viene una humildad natural, no cultivada, no elegida: simplemente no hay motivo para no tenerla.

En resumen: mucha apertura, poca formalización. Curiosidad libre. Humildad por defecto.

Fase II — Clausura

El segundo observador ha estudiado fotografía en serio. Conoce la historia del medio, los referentes, los estándares técnicos. Sabe quién es Bresson y qué significa su trabajo dentro de la fotografía humanista. Todo eso es real y tiene valor.

Pero en algún momento del camino ocurrió algo: confundió dominar el sistema técnico con dominar el fenómeno. Llegó a creer que su marco lo explicaba todo lo relevante. A esto lo llamamos Ilusión de Techo: la sensación de haber llegado al límite útil del saber en ese campo. La señal más clara de esta fase no es la rigidez intelectual. Es la agresión.

"Lo único borroso es tu cerebro." Eso no es una corrección. Es un ataque. Y viene de un lugar muy concreto: el conocimiento técnico se ha fusionado con la identidad. Cuando alguien cuestiona el marco, aunque sea desde la inocencia más genuina, el sujeto lo vive como una amenaza personal. La respuesta es proporcional a esa amenaza, no al error real del otro. La soberbia que aparece aquí no es un defecto de carácter. Es un efecto casi inevitable de haber invertido mucho en un sistema y haberlo convertido en parte de quién se es. El sujeto puede evaluar perfectamente dentro de su sistema, pero ha perdido la capacidad de ver los límites del sistema mismo. Y eso, naturalmente, le resulta invisible.

En cuanto a la humildad: cuando aparece en esta fase, suele ser actuada. El experto que dice "no soy nadie para opinar" mientras cada sílaba de su tono dice exactamente lo contrario. La humildad que se anuncia ya no es humildad.

Hay además algo que el modelo no puede ignorar: la Fase II no solo cierra al que la habita. También cierra el espacio para los demás. La primera persona sale de esa galería silenciada y probablemente alejada de la fotografía para siempre. El daño no es solo interno.

En resumen: mucho dominio técnico, poca apertura. El saber defiende al yo. Humildad ausente o de escaparate.

Fase III — Integración

El tercer observador también conoce la Leica IIIc. Sabe exactamente qué cámara usó Bresson, qué objetivo llevaba probablemente, por qué las condiciones de luz explican el foco. Su conocimiento técnico no es menor que el del segundo observador. Es mayor, y más preciso. Y aun así puede decir "efectivamente, está borrosa" y sonreír.

Lo que ha cambiado no es cuánto sabe. Es la relación que tiene con lo que sabe. El conocimiento ha dejado de ser parte de su identidad y se ha convertido en una herramienta. La usa cuando la necesita y la deja cuando no. Y porque ya no necesita defenderla, puede mirar el fenómeno directamente, igual que hacía en la Fase I, pero ahora con toda la estructura técnica dentro. De ahí vienen dos rasgos que definen esta fase y que no pueden fingirse.

El primero es la intrascendencia del conocimiento. El saber existe, opera, es preciso, pero ya no pesa. El sujeto puede sostener que algo es verdad sin necesitar que nadie se lo confirme. Puede ser corregido sin que eso le quite el suelo. Puede no saber algo sin que ese hueco le genere ansiedad. El conocimiento ya no trasciende al yo que lo porta.

El segundo es la humildad genuina. Cuando el saber deja de sostener la identidad, ya no hay nada que proteger, y la humildad aparece sola, sin esfuerzo. El tercer observador no elige bajar el tono al intervenir en la galería. Habla desde un lugar donde simplemente no hay tono que bajar. Por eso la sonrisa no es condescendencia. Es la expresión de alguien para quien esa conversación no tiene ningún stake existencial.

Una cosa importante: llegar a la Fase III sin haber pasado de verdad por la Fase II no produce el mismo resultado. Una apertura sin técnica profundamente interiorizada es simplemente Fase I con vocabulario prestado. La clausura de la Fase II, con todo lo incómodo que es, es el precio de tener algo real que integrar.

En resumen: mucho dominio técnico, mucha apertura. El saber sirve al yo sin definirlo. Humildad estructural, no practicada.

IV.

El mapa de un vistazo

FASE	REL. CON EL SABER	REL. CON EL YO	RASGO CENTRAL	HUMILDAD
I — Inocencia	Experiencia directa	Yo no definido por el saber	Apertura sin formalización	Natural, sin conciencia
II — Clausura	Saber como identidad	Yo defendido por el saber	Rigidez	Ausente o performativa
III — Integración	Saber como herramienta	Yo independiente del saber	Estructura con apertura	Estructural, genuina

Si se piensa en dos ejes, uno para el nivel de dominio técnico y otro para la apertura experiencial, las tres fases ocupan tres esquinas distintas de ese plano. La Fase I: poco dominio, mucha apertura. La Fase II: mucho dominio, poca apertura. La Fase III: mucho dominio, mucha apertura. Volver a la apertura no es perder lo aprendido. Es dejar de necesitar que lo aprendido te defienda.

V.

La fotografía como ejemplo

La fotografía es un campo especialmente útil para ver el círculo en acción porque tiene una tensión interna que pocos dominios tienen tan clara: es técnica y es percepción al mismo tiempo, y las dos cosas no siempre van juntas.

Todo el mundo entra en la fotografía desde la Fase I. Cualquiera que haya visto una foto tiene ya algún criterio, aunque no sepa nombrarlo. Eso hace que cuando alguien llega a la Fase II tenga siempre un blanco fácil: el que opina sin haber estudiado, el que dice que la foto está borrosa.

La trampa del dominio técnico

El fotógrafo en Fase II evalúa imágenes con criterios precisos: nitidez, exposición, composición, corrección cromática. Ha interiorizado una jerarquía donde la excelencia técnica manda. Y la aplica con consistencia, porque sabe de lo que habla.

El problema viene cuando esa jerarquía se convierte en el único criterio. Una foto sobreexpuesta es un error. Una imagen movida es un fallo. Y lo que no encaja en el sistema se descarta, se explica como excepción, o directamente se ignora.

Pero el sistema no puede explicar por qué una fotografía de Robert Frank, técnicamente deficiente según cualquier estándar de su época, cambió el lenguaje del medio. Tampoco puede explicar por qué ciertas imágenes de Daido Moriyama, granuladas y desenfocadas, sostienen una tensión que imágenes perfectas no alcanzan. El sistema tiene respuestas para esto, recursos narrativos, contexto histórico, intención conceptual. Y las respuestas son correctas. Pero se han vuelto un escudo que impide hacerse otras preguntas.

Cómo se sale

No hay un camino único. Pero hay experiencias que se repiten.

Una es el contacto acumulado con imágenes que el sistema no puede digerir bien. Una excepción se descarta. Dos, también. Pero cuando son demasiadas, el sistema empieza a crujiir desde dentro.

Otra es la experiencia contraria: dominar completamente la técnica y descubrir que eso no garantiza la fotografía que se quería hacer. Que hay algo que la técnica no alcanza, y que ese algo era lo que movía la curiosidad desde el principio.

Y hay una tercera que quizás es la más difícil de reconocer: encontrarse con alguien que sabe más y lo lleva de una forma incomprensible. Alguien que habla sin ansiedad, sin necesidad de imponerse. La reacción inicial del fotógrafo en Fase II suele ser el recelo. Esa quietud le resulta sospechosa. No encaja en el sistema de señales que conoce.

Lo que se recupera

El fotógrafo que ha cerrado el círculo no ha olvidado nada. Puede elegir el desenfoque sabiendo exactamente qué está eligiendo. Puede romper el encuadre con la precisión de quien conoce la regla que está rompiendo. La técnica sigue ahí, completa.

Pero ha recuperado la capacidad de ver sin necesitar que lo que ve confirme lo que ya sabe. Puede pararse ante una imagen borrosa y decir "está borrosa" sin que eso le quite nada. Puede escuchar a alguien que no ha estudiado fotografía y encontrar en sus palabras algo que su sistema no había visto.

El conocimiento ya no le pesa. Existe, está disponible, opera cuando se necesita. Pero no exige estar en el centro. Eso es la intrascendencia en su forma más concreta.

VI.

La medicina como campo de batalla

Un cirujano cardiovascular con veinte años de experiencia decide dedicar un mes a trabajo humanitario. Ha operado aneurismas de aorta, ha manejado shock cardiogénico, ha visto morir y salvarse a pacientes en quirófanos de alta complejidad. Su mundo es el de la asepsia rigurosa, la antibioterapia de amplio espectro, la monitorización hemodinámica continua.

En un pequeño poblado remoto sufre una caída. La herida en la pierna no es superficial: hay compromiso de tejido subcutáneo, posible afectación muscular. El sangrado es abundante. Sin intervención adecuada, el riesgo de celulitis extensa, absceso profundo o incluso progresión a fascitis necrosante no es despreciable.

No hay hospital.

Lo atienden los habitantes del poblado. Una mujer mayor limpia la herida con agua hervida y aplica una cataplasma espesa hecha de lodo arcilloso y hojas trituradas de plantas que el médico no reconoce. El barro está templado. Las hojas desprenden un olor denso, casi medicamentoso. Después cubre la zona con vendajes de fibra vegetal.

Alrededor, otros miembros del poblado realizan cánticos rítmicos. Queman manojos de plantas secas cuyo humo llena el espacio cerrado. El médico, semiinconsciente, respira ese aire cargado de compuestos volátiles que no puede identificar.

Lo que el sistema ve

Desde dentro, su reacción es inmediata: ansiedad, rechazo, juicio. Piensa en carga bacteriana. Piensa en *Clostridium perfringens* y en el riesgo de gangrena gaseosa. Piensa en ausencia de desbridamiento quirúrgico, en la imposibilidad de un cultivo microbiológico, en la falta de antibiograma. Piensa que sin cefalosporinas de primera generación o amoxicilina-clavulánico intravenosos, cualquier infección por *Staphylococcus aureus* resistente podría ser incontrolable en cuestión de horas. Se siente en manos de la superstición.

Durante los días siguientes, sin embargo, algo ocurre que no estaba en el protocolo.

La inflamación local disminuye. No aparece fiebre sostenida ni signos de respuesta inflamatoria sistémica. La herida no produce exudado purulento sino una secreción serosa limpia. Comienza

a observarse tejido de granulación en el fondo de la lesión, lo que indica una fase proliferativa de cicatrización activa. El dolor, que había alcanzado un pico de alta intensidad, cede de forma progresiva. La evolución clínica es, objetivamente, favorable.

Él lo atribuye a su buen estado basal. A la competencia de su sistema inmune innato. A la ausencia de comorbilidades metabólicas. A su correcta regulación del eje hipotálamo-hipófisis-adrenal pese al estrés agudo. A la suerte de no haber sido colonizado por flora bacteriana virulenta.

En cuanto recupera movilidad suficiente, regresa a su ciudad.

Lo que las pruebas revelan

En el hospital, las pruebas de imagen revelan que la lesión inicial había sido más profunda de lo estimado. La resonancia magnética muestra que hubo afectación de la fascia superficial, con edema interfascial compatible con una celulitis profunda en fase inicial. En condiciones normales, la probabilidad de progresión a absceso o fascitis habría requerido drenaje quirúrgico y antibioterapia sistémica. La evolución espontánea que él vivió no encaja bien en ningún modelo que maneje habitualmente.

La experiencia no encaja. Y lo que no encaja, en un científico de verdad, no se descarta. Se estudia.

El análisis

El cirujano recupera muestras secas de la cataplasma. Envía material a análisis fitoquímico y microbiológico. Lo que encuentra a lo largo de meses de trabajo no es magia. Es bioquímica que su formación no contemplaba.

Las hojas trituradas contienen una concentración significativa de taninos hidrolizables, específicamente ácido gálico y ácido elágico, conocidos por su actividad bacteriostática frente a *Staphylococcus aureus* y *Streptococcus pyogenes* mediante la inhibición de la ADN girasa bacteriana. Encuentra también flavonoides del grupo de las catequinas, que interfieren con la formación de biopelículas bacterianas al bloquear la síntesis de adhesinas de superficie. Y detecta saponinas triterpénicas con actividad surfactante, capaces de desestabilizar membranas bacterianas por alteración de la bicapa fosfolipídica, actuando de manera funcionalmente análoga a algunos antibióticos poliénicos.

El barro arcilloso, por su parte, no era un simple relleno. La fracción mineral de la arcilla presentaba capacidad de adsorción de exotoxinas bacterianas locales. Y su pH ligeramente ácido, en torno a 5,5-6,0, creaba un microambiente desfavorable para la proliferación de bacterias grampositivas anaerobias facultativas, al tiempo que era compatible con la actividad de enzimas proteolíticas endógenas del tejido en fase inflamatoria.

Hay además algo que al cirujano le cuesta más trabajo integrar: las enzimas vegetales. Las hojas machacadas liberaban papaína y bromelina en concentraciones bajas pero activas a temperatura de piel. Ambas son cisteín-proteasas con actividad proteolítica moderada sobre tejido necrótico superficial, capaces de facilitar un desbridamiento enzimático suave sin afectar significativamente al colágeno del tejido viable. Un desbridamiento químico. Sin bisturí. Sin quirófano. Funcionalmente equivalente, en ese estadio de la lesión, a lo que él hubiera hecho en un entorno controlado.

El humo

El análisis del humo resulta ser la parte más compleja, y la más difícil de aceptar para su sistema de referencia.

Las plantas quemadas liberaban una mezcla de terpenos volátiles, entre los que identifica linalool, alfa-pineno y beta-cariofileno. El linalool, monoterpeneo presente en múltiples plantas aromáticas, modula la transmisión GABAérgica en el sistema nervioso central mediante potenciación alostérica de los receptores GABA-A, produciendo un efecto ansiolítico y sedante leve que reduce la activación del eje simpático-adrenal. En términos clínicos: el humo estaba modulando su respuesta neuroendocrina al estrés, reduciendo los niveles circulantes de norepinefrina y cortisol, lo que a su vez disminuía la vasoconstricción periférica y favorecía la perfusión tisular en la zona lesionada.

El alfa-pineno inhalado mostraba, además, actividad antiinflamatoria sistémica leve mediante inhibición de la ciclooxigenasa-2 (COX-2) y reducción de la síntesis de prostaglandinas proinflamatorias. Y el beta-cariofileno, sesquiterpeneo que actúa como agonista parcial del receptor cannabinoide CB2 sin actividad psicoactiva, modulaba la respuesta de los macrófagos tisulares, desplazando su perfil de activación desde el fenotipo M1 proinflamatorio hacia el M2 de resolución y reparación.

El humo no era decorativo. Era un sistema de administración por vía inhalatoria de una combinación de moduladores neuroendocrinos e inmunomoduladores con efecto sistémico real y medible. La tradición había encontrado empíricamente, generación tras generación, una formulación que funcionaba. Sin saber por qué funcionaba. Sin necesitar saberlo.

Lo que el análisis no convierte

Nada de esto convierte el ritual en quirófano. Las concentraciones de los compuestos activos eran variables, sin posibilidad de estandarización. La actividad antibacteriana observada in vitro no garantizaba la misma eficacia en el contexto de una infección polimicrobiana establecida. El riesgo real de complicación grave existía y no puede borrarse retroactivamente. En un cuadro séptico con bacteriemia, ninguna cataplasma habría sido suficiente.

Pero tampoco permite reducirlo a superstición. Y eso, para el cirujano, resulta más difícil de gestionar que la herida misma.

El sistema del médico no estaba completo. Estaba correcto dentro de sus límites. Pero había confundido los límites del sistema con los límites del fenómeno.

Un matiz necesario: la curandera

Este escenario tiene un punto que el ejemplo de la galería no contemplaba: aquí no hay solo un observador en Fase II. El cirujano lo está claramente. Pero no sabemos en qué fase está la curandera.

Podría estar en una Fase III dentro de su propio sistema: usando un conocimiento empírico transmitido, sin necesidad de despreciar otros marcos, sin ansiedad identitaria. Aplicando lo que funciona porque lo ha visto funcionar, sin necesidad de que nadie lo valide ni lo explique. Pero también podría estar en su Fase II. Podría creer que la medicina occidental es fría, torpe, desalmada. Podría interpretar la mejoría como prueba de que su sistema lo explica todo. Podría desestimar la cirugía cardiovascular como arrogancia tecnocrática sin haber examinado sus resultados. En ese caso, estaría en exactamente la misma estructura psicológica que el médico antes del accidente: dominio interno, identificación total, clausura externa.

Y aquí aparece lo que este ejemplo añade al modelo: la Fase II no pertenece a una cultura ni a un nivel educativo. No es patrimonio de la ciencia moderna ni de la tradición ancestral. No distingue entre bata blanca y amuleto. Es una estructura. Y la estructura puede instalarse en cualquier sistema de conocimiento, independientemente de su contenido o de su validez parcial. Se puede estar en Fase II con un doctorado en bioquímica. Se puede estar en Fase II con cincuenta años de práctica etnobotánica. La forma cambia. La estructura es la misma.

VII.

Por qué pasa esto

El círculo se entiende mejor si se mira una sola cosa: la relación entre lo que el sujeto sabe y lo que el sujeto es.

En la Fase I, esa relación no existe. El yo no está atado al saber, así que no hay nada que defender. Puedes estar equivocado sin que eso te cueste nada importante.

En la Fase II, esa relación se vuelve total. El saber se convierte en identidad. Cuestionar el marco es, para el sujeto, cuestionarse a sí mismo. De ahí la intensidad de la respuesta ante una observación tan inocente como "¿se ve borrosa?". La reacción no es proporcional al error del otro. Es proporcional a la amenaza percibida sobre el yo.

En la Fase III, esa fusión se deshace. El saber vuelve a ser una herramienta, separada del yo que la usa. Y cuando eso ocurre, la humildad aparece sola, sin esfuerzo, porque ya no hay nada que proteger. El conocimiento se vuelve intrascendente: deja de traspasar los límites del yo, deja de convertirse en un argumento sobre quién es el sujeto.

La transición de la Fase II a la Fase III no ocurre por acumular más conocimiento. Ocurre cuando cambia la relación con el conocimiento que ya se tiene. Y eso no se fuerza desde fuera.

VIII.

La Fase II sin máscara

Hay un error de lectura frecuente en este modelo que conviene corregir antes de seguir. La escena de apertura presenta a un segundo observador agresivo, despectivo, que usa el conocimiento como arma. Es un retrato útil porque comprime el mecanismo con eficacia narrativa. Pero tiene un coste: sugiere que la Fase II se reconoce por sus modales. Y no es así. La soberbia visible es solo la versión más ruidosa de algo mucho más común y mucho más difícil de detectar. La fusión entre identidad y saber puede ser completamente silenciosa. Puede coexistir con la amabilidad, con la generosidad, con una humildad aparente del todo convincente. Lo que define la Fase II no es el tono. Es la estructura interna.

Y esa estructura es, con diferencia, la más habitual. La Fase III no es el destino natural del aprendizaje profundo. Es la excepción. La mayoría de las personas que dominan un campo con genuina profundidad se instalan en la Fase II y permanecen ahí. No porque sean peores o más limitadas. Sino porque la Fase II es, funcionalmente, suficiente. Permite operar con excelencia dentro del sistema. El sistema no exige más. Y el coste de ir más allá es alto: requiere soltar algo que ha costado mucho construir.

Reconocer la Fase II requiere entonces mirar otra cosa: no cómo trata el sujeto a quien sabe menos, sino qué ocurre cuando algo exterior al sistema amenaza los límites del sistema mismo.

La Fase II amable

El médico de familia con treinta años de experiencia. Escucha con paciencia, explica con claridad, nunca interrumpe al paciente. Es, por cualquier criterio observable, un buen profesional y una buena persona. Pero cuando ese paciente llega con una impresión diagnóstica propia, investigada en detalle durante semanas, algo cambia. No en el tono, que sigue siendo cordial. Cambia en la calidad de la escucha. La información del paciente pasa a ser gestionada, no recibida. El médico la procesa a través de su sistema para confirmar o descartar, nunca para actualizar. Si el paciente acierta, la explicación será que «a veces los pacientes se documentan bien». Si el paciente yerra, la explicación será que «internet es peligroso». En ningún caso la observación del paciente modifica el marco. El marco es impermeable. Y el médico, en ningún momento, lo percibe como tal.

No hay agresión. No hay desprecio. Hay clausura. Y la clausura es invisible desde dentro.

La Fase II generosa

El artesano que enseña con genuina entrega. Dedicar horas a transmitir su oficio, responde preguntas, corrige con paciencia, comparte sus trucos con libertad. Dentro de su sistema es, en el sentido más exacto, generoso. Pero cuando un aprendiz con pocos meses de práctica señala algo que el artesano no había visto, la respuesta no es curiosidad. Imaginemos que el aprendiz, trabajando madera por primera vez, nota que la veta cambia de comportamiento según la dirección del corte y pregunta si eso tiene alguna aplicación intencional en el acabado. El artesano sonríe. Explica, con genuina paciencia, que eso se llama trabajar a favor o en contra del grano, que es uno de los primeros conceptos del oficio, que él mismo tardó años en dominarlo. La observación del aprendiz queda absorbida por el sistema, renombrada, devuelta como lección. Lo que era una pregunta abierta se convierte en un escalón de la jerarquía que el artesano ya ha subido. El aprendiz aprende algo real. Pero la observación original, que quizás apuntaba a algo que el artesano no había formulado así, no llega a ningún sitio. El sistema la digirió antes de que pudiera rozar el marco.

La Fase II autocrítica

Quizás la más sofisticada, y la más difícil de distinguir de la Fase III. El investigador que conoce en profundidad las limitaciones de su campo. Que habla de ellas con lucidez, que critica abiertamente los excesos de su disciplina, que reconoce con facilidad lo que su modelo no puede explicar. Parece, desde fuera, exactamente la figura del tercer observador. Pero hay una señal que lo delata: sus críticas tienen siempre el mismo perímetro. Señala los límites del sistema desde dentro del sistema. La crítica, por más sofisticada que sea, sigue siendo un producto del mismo marco que critica. Y cuando aparece algo que cuestiona no los límites sino los fundamentos, la apertura desaparece. No con agresión. Con un repertorio más refinado: escepticismo metodológico, exigencia de rigor, petición de más evidencia. Herramientas legítimas usadas como escudos.

Lo que esto cambia en el modelo

La distribución real no es la de tres estadios igualmente transitables. Es asimétrica. La Fase I es universal: todos empezamos ahí. La Fase II es el destino mayoritario de quien aprende en profundidad: funcional, estable, suficiente para la excelencia técnica. La Fase III es escasa, y no es un mérito que se acumule ni un objetivo que se persiga. No se llega a ella por esfuerzo adicional sino por un cambio en la relación con lo que ya se tiene. Y ese cambio, cuando ocurre, no se anuncia.

Lo que sí puede hacerse es aprender a reconocer la Fase II en sus formas silenciosas, incluida la propia. No para superarla como si fuera un defecto, sino para operar con mayor honestidad respecto a los límites reales del propio sistema.

IX.

Lo que esto cambia

La Fase II no es un fracaso moral. Es una etapa estructural de cualquier proceso de aprendizaje profundo. Verla simplemente como arrogancia es perder lo que realmente está pasando.

La técnica es necesaria pero no suficiente. Sin haberla dominado de verdad, no hay nada real que integrar en la Fase III. Con ella sola, el riesgo de quedarse atascado es alto.

Saber mucho sobre un sistema no es lo mismo que entender los límites del sistema. Esa segunda capacidad, la de mirar el marco desde fuera del marco, es lo que separa el dominio técnico de la madurez real.

Ningún sistema agota el fenómeno que intenta describir. La persona que ha cerrado el círculo lo sabe en su práctica diaria, no solo como principio abstracto. Y lejos de paralizarla, eso la libera. Sostener a la vez estructura y apertura es posible. La Fase III demuestra que no son incompatibles. Pero llegar ahí requiere haber pasado por la incomodidad de la Fase II, no haberla evitado.

X.

Una última cosa

A lo largo de este texto has conocido a tres personas en una galería. Has visto el mecanismo desde fuera, con distancia cómoda. Y es muy probable que, en algún momento mientras leías, te hayas situado mentalmente cerca del tercer observador. El que sonríe. El que sabe y no necesita demostrarlo.

Es lo más natural del mundo. Nadie se lee una descripción de tres estadios cognitivos identificándose con el del medio.

Pero aquí está la cuestión, y vale la pena detenerse un momento en ella.

La Fase I no se hace esta pregunta. Quien está en ella no tiene aún la estructura para plantearse. La Fase III tampoco se la hace, pero por la razón contraria: quien ha cerrado el círculo de verdad ya no necesita saber en qué punto está. El conocimiento de la propia posición ha dejado de importar, igual que ha dejado de importar el resto del conocimiento que no sirve en ese momento.

La pregunta "¿en qué fase estoy?" solo tiene sentido desde un lugar: la Fase II. Desde la ansiedad de quien aún necesita ubicarse, confirmarse, saber si ha llegado.

Y aquí viene lo que no tiene salida fácil: si mientras leías este texto te preguntaste si ya estás en la Fase III, esa pregunta misma es la respuesta. No la que querías, pero sí la honesta.

Llegar a la Fase III no se decide ni se declara. No se detecta mirándose al espejo con el modelo en la mano. Si hace falta comprobarlo, es porque todavía no ha ocurrido.

El círculo se cierra solo. Y cuando lo hace, ya no importa que se haya cerrado.

Apéndice

El efecto Dunning-Kruger y el Círculo del Saber: una distinción necesaria

Quien lea el Círculo del Saber con cierta familiaridad con la literatura psicológica reconocerá de inmediato una referencia posible: el efecto Dunning-Kruger. La asociación es comprensible. Ambos marcos hablan de conocimiento, de autopercepción y de los errores que comete el sujeto al evaluarse a sí mismo. Pero describen fenómenos distintos, operan en niveles de análisis distintos y sus implicaciones prácticas apuntan en direcciones diferentes. Vale la pena establecer esa distinción con precisión.

Qué describe realmente el efecto Dunning-Kruger

El efecto Dunning-Kruger fue formulado en 1999 por David Dunning y Justin Kruger a partir de una serie de experimentos sobre autopercepción de competencia. Su hallazgo central es doble y con frecuencia se cita de forma incompleta. Por un lado, las personas con baja competencia en un dominio tienden a sobreestimar significativamente su rendimiento: no solo rinden mal, sino que carecen de la metacognición necesaria para detectar que rinden mal. La incompetencia, en su formulación original, es doble: produce tanto el error como la incapacidad de reconocerlo.

Por otro lado, y esto es lo que la versión popular del efecto suele omitir, los sujetos con alta competencia tienden a subestimar su rendimiento relativo. No porque se equivoquen sobre su propio desempeño en términos absolutos, sino porque asumen que las tareas que a ellos les resultan manejables también lo son para los demás. La competencia real produce, en cierto modo, una ceguera hacia la propia excepcionalidad.

El mecanismo central del efecto es, por tanto, un problema de calibración metacognitiva: la capacidad de evaluar el propio rendimiento depende de las mismas habilidades que se están evaluando. Quien no tiene las herramientas para hacer bien una tarea tampoco tiene las herramientas para saber que no la está haciendo bien.

La zona de solapamiento aparente

La confusión entre ambos marcos surge porque la Fase II del Círculo del Saber produce, en su versión más visible, un comportamiento superficialmente parecido al extremo inferior de la curva de Dunning-Kruger: alguien que sobreestima la solidez de su propio sistema, que no percibe sus propios límites, que reacciona con defensividad ante la corrección. Si se mira solo ese comportamiento exterior, los dos modelos parecen describir lo mismo. Pero la similitud es superficial. Y desaparece en cuanto se examina el nivel de competencia del sujeto y el mecanismo que produce el error.

La divergencia real

El efecto Dunning-Kruger opera en el eje de la competencia real frente a la competencia percibida. Su sujeto característico es alguien con dominio bajo o nulo que se percibe a sí mismo como competente. El error es de calibración: el sujeto no sabe lo que no sabe, y esa ignorancia le resulta invisible precisamente porque carece de las herramientas para detectarla.

La Fase II del Círculo del Saber opera en un eje completamente distinto. Su sujeto característico no es el incompetente que se cree experto. Es el experto real, con dominio genuino y profundo, cuyo error no es de calibración sino de identificación: ha fusionado su sistema de conocimiento con su identidad, y esa fusión produce clausura externa. No sobreestima su competencia técnica, que es real y a menudo excepcional. Sobreestima la completitud de su sistema, que es otra cosa. Dicho de otro modo: Dunning-Kruger describe lo que ocurre antes de saber. El Círculo del Saber describe lo que ocurre después de saber mucho. No son el mismo problema ni el mismo sujeto.

Un detalle que refuerza la distinción

Hay un aspecto del efecto Dunning-Kruger original que hace la distinción aún más clara. En los experimentos de 1999, los sujetos con alta competencia no mostraban arrogancia: mostraban subestimación de su rendimiento relativo. El experto calibrado tiende, según Dunning y Kruger, a ser más modesto sobre su posición, no menos.

La Fase II del Círculo del Saber no predice eso. Predice que el experto real puede ser perfectamente consciente de su superioridad técnica y, al mismo tiempo, estar completamente cerrado a la posibilidad de que algo fuera de su sistema tenga valor epistémico. No es un problema de subestimación ni de sobreestimación del rendimiento propio. Es un problema estructural en la relación entre el yo y el saber. Dos fenómenos diferentes, dos mecanismos diferentes, dos tipos de intervención diferentes.

Por qué importa la distinción

No es un ejercicio de precisión académica por sí mismo. Importa porque si se confunden los dos marcos se aplican los remedios equivocados. El error de Dunning-Kruger se corrige, al menos parcialmente, con más formación: quien adquiere competencia real adquiere también la metacognición para evaluarse mejor. El problema de la Fase II no se corrige con más formación. Más conocimiento dentro del mismo sistema refuerza la clausura, no la abre. Lo que cambia la Fase II no es la cantidad de saber sino la relación con el saber que ya se tiene. Y eso es un proceso diferente, más difícil de inducir desde fuera y, como se señala en el cuerpo de este texto, que no ocurre por decisión propia.

Dunning, D., & Kruger, J. (1999). Unskilled and unaware of it: How difficulties in recognizing one's own incompetence lead to inflated self-assessments. Journal of Personality and Social Psychology, 77(6), 1121-1134.

El modelo y otros marcos psicológicos

El Círculo del Saber no surge en un vacío. Hay marcos previos con los que comparte territorio parcial y de los que se diferencia en puntos precisos. Reconocerlos no es un gesto de modestia académica sino una forma de delimitar con más exactitud qué describe este modelo y qué no. En todos los casos, la relación es integradora: cada marco ilumina una parte del fenómeno que el Círculo del Saber articula de forma completa.

El modelo de las cuatro etapas de la competencia

El modelo de las cuatro etapas —incompetencia inconsciente, incompetencia consciente, competencia consciente, competencia inconsciente— describe el proceso por el que una habilidad pasa de ser desconocida a ser automática. Es un marco útil y bien establecido, especialmente en contextos de formación y entrenamiento. Su lógica es la de la interiorización progresiva: lo que al principio exige atención consciente acaba ejecutándose sin esfuerzo.

La confusión con el Círculo del Saber surge porque ambos modelos tienen tres o cuatro estadios y describen una progresión. Pero lo que describen es radicalmente distinto. El modelo de las cuatro etapas es un modelo de automatización procedimental: explica cómo se aprende a conducir, a tocar un instrumento o a realizar una intervención quirúrgica. El Círculo del Saber no describe cómo se automatiza una habilidad sino cómo cambia la relación entre el sujeto y el sistema de conocimiento que ha construido. Son niveles de análisis diferentes. Alguien puede haber alcanzado la competencia inconsciente en un dominio, es decir, haber llegado al cuarto

estadio del modelo procedimental, y estar profundamente instalado en la Fase II del Círculo del Saber. La automatización de la habilidad no resuelve el problema de la fusión identitaria. Puede incluso reforzarla.

La teoría de la identidad social (Tajfel y Turner)

Henri Tajfel y John Turner desarrollaron en los años setenta una teoría sobre cómo los individuos derivan parte de su identidad de su pertenencia a grupos sociales. Su hallazgo central es que la identidad grupal no es un añadido a la identidad personal sino una dimensión constitutiva de ella: las personas se definen en parte por los grupos a los que pertenecen y tienden a favorecer a esos grupos frente a los externos, incluso en ausencia de conflicto material o competencia real.

Este marco ilumina con precisión el mecanismo subyacente de la Fase II. Cuando el conocimiento experto se convierte en identidad, lo hace en parte a través de la pertenencia a una comunidad epistémica: los fotógrafos serios, los médicos formados en medicina basada en evidencia, los investigadores de una disciplina. Cuestionar el marco equivale, desde la lógica de la identidad social, a cuestionar la pertenencia al grupo. Y la amenaza a la identidad grupal activa los mismos mecanismos defensivos que Tajfel y Turner describieron: favoritismo endogrupal, devaluación del exogrupo, rigidez de las fronteras categoriales.

El Círculo del Saber toma este mecanismo como punto de partida pero lo extiende en una dirección que la teoría de la identidad social no contempla: la posibilidad de que esa fusión se deshaga no por cambio de grupo sino por un cambio en la relación del sujeto con su propio sistema de conocimiento. La Fase III no es un cambio de tribu. Es la disolución de la necesidad de que la tribu te defina, manteniendo intacta la competencia que desarrollaste dentro de ella.

La acomodación piagetiana

Jean Piaget describió el aprendizaje cognitivo como una oscilación entre dos procesos: la asimilación, por la que el sujeto integra nueva información dentro de los esquemas existentes, y la acomodación, por la que los esquemas existentes se reestructuran para dar cabida a información que no puede ser asimilada. La acomodación ocurre cuando el desequilibrio entre lo que el sujeto sabe y lo que experimenta es suficientemente grande como para que el esquema previo resulte insostenible.

La transición de Fase II a Fase III tiene una estructura superficialmente parecida: también implica una reestructuración que no se produce por acumulación sino por desequilibrio. También requiere que algo en la experiencia del sujeto haga insostenible el marco anterior. Y también produce un sujeto cualitativamente distinto, no solo cuantitativamente más informado. Pero la diferencia es sustancial. Piaget describe la acomodación como un proceso predominantemente cognitivo que ocurre de forma casi inevitable cuando el desequilibrio es suficiente, especialmente en el desarrollo infantil. El Círculo del Saber describe algo que en adultos con alta inversión identitaria puede no ocurrir nunca, independientemente de la acumulación de evidencia disruptiva. El médico del ejemplo puede encontrarse con cien excepciones a su sistema y seguir asimilándolas, una a una, sin que el esquema se reestructure. La resistencia a la acomodación en la Fase II no es cognitiva. Es identitaria. Y eso cambia completamente la naturaleza del problema.

La mentalidad fija y la mentalidad de crecimiento (Dweck)

Carol Dweck propuso que las personas tienden a operar con una de dos creencias implícitas sobre la naturaleza de sus capacidades. Quienes tienen mentalidad fija creen que la inteligencia y el talento son cualidades estables e inmutables; quienes tienen mentalidad de crecimiento

creen que pueden desarrollarse mediante esfuerzo y aprendizaje. Esta creencia implícita afecta de forma significativa al comportamiento ante el fracaso, la retroalimentación y el desafío. La confusión con el Círculo del Saber es aquí especialmente tentadora porque la Fase II parece describir algo parecido a la mentalidad fija aplicada al conocimiento: alguien que no puede actualizar su sistema porque lo percibe como definitivo. Y la Fase III parece describir algo parecido a la mentalidad de crecimiento: apertura, capacidad de revisión, ausencia de defensividad.

Pero la distinción es precisa y tiene consecuencias prácticas importantes. La mentalidad fija o de crecimiento describe una creencia sobre las propias capacidades. El Círculo del Saber describe una estructura relacional entre identidad y conocimiento que opera independientemente de esa creencia. Alguien puede tener una mentalidad de crecimiento declarada y sincera, creer genuinamente que puede seguir aprendiendo, y estar en Fase II profunda. La Fase II autocrítica que describimos en la sección VIII es exactamente ese caso: el investigador que habla con lucidez sobre los límites de su campo pero cuya apertura tiene siempre el mismo perímetro. Dweck no tiene herramientas para describir ese sujeto. El Círculo del Saber, sí.

La dimensión filosófica: lo que los marcos psicológicos no nombran

Todos los marcos psicológicos descritos hasta aquí comparten un supuesto que raramente se explicita: el aprendizaje es un proceso aditivo. Se acumula competencia, se añaden esquemas, se desarrollan creencias más flexibles sobre las propias capacidades. Incluso la acomodación piagetiana, que implica reestructuración, produce un sujeto con más herramientas que antes. El movimiento es siempre hacia adelante y hacia arriba, en el sentido de mayor complejidad y mayor capacidad.

El Círculo del Saber introduce una asimetría que ninguno de esos marcos contempla. El tránsito de Fase I a Fase II es efectivamente aditivo: se acumula conocimiento, se construye un sistema, se desarrolla una identidad experta. Pero el tránsito de Fase II a Fase III no lo es. No se añade más conocimiento. No se desarrolla una habilidad nueva. Lo que ocurre es una pérdida: se pierden las estructuras que hacían del conocimiento una defensa. Se pierde la necesidad de que el sistema sea completo. Se pierde la fusión entre el yo y el saber. El sujeto que emerge no tiene más que el de la Fase II en términos de contenido. Tiene menos en términos de rigidez. Y esa pérdida es la que lo libera.

Esta lógica sustractiva tiene raíces en tradiciones filosóficas que los modelos psicológicos modernos raramente citan, no porque las ignoren sino porque operan en paradigmas distintos. Nombrarlas no es un gesto de erudición sino de honestidad sobre el linaje intelectual del modelo.

La ironía socrática y los tres estadios

La referencia socrática es más precisa de lo que parece a primera vista, pero no del modo en que suele citarse. El «solo sé que no sé nada» no describe a alguien que empieza: describe a alguien que ha llegado al otro lado. En la Apología, Sócrates no pronuncia esa frase desde la ignorancia sino desde el recorrido: tras haber interrogado a políticos, poetas y artesanos que creían saber, tras haber examinado cada sistema de conocimiento disponible en su época, concluye que su única ventaja sobre ellos es no confundir el dominio parcial con la comprensión total. Eso no es Fase I. Es Fase III con una precisión casi clínica: más recorrido que los demás, menos necesidad de aparentarlo.

Lo que describe la Fase I en términos socráticos es otra figura de la Apología: el interlocutor al que Sócrates interroga al principio, el que no sabe y no sabe que no sabe. Su apertura no es una virtud conquistada sino una condición previa: no tiene sistema que defender porque todavía no ha construido ninguno. La humildad de la Fase I y la humildad socrática se parecen desde fuera. Pero una es ausencia de estructura y la otra es libertad respecto a la estructura. No son lo mismo.

Y la Fase II también tiene su figura exacta en la Apología. Es el artesano. Sócrates lo describe con precisión: tiene dominio técnico real, sabe lo que hace, y precisamente por eso comete el error más característico de la Fase II: extiende la autoridad de ese dominio a territorios que no conoce, creyendo que la competencia en un área le otorga acceso a la verdad en general. Su conocimiento es legítimo. Su clausura también. Y esa clausura, como en el modelo, no proviene de una falla moral sino de haber invertido tanto en un sistema que ya no puede mirarlo desde fuera.

El Círculo del Saber no añade nada nuevo a Sócrates en términos de contenido. Lo que hace es articular los tres estadios que la Apología contiene implícitamente y dotarlos de un marco que permite reconocerlos en cualquier dominio, no solo en la filosofía. La ironía socrática, en este sentido, no es el punto de partida del modelo. Es su destino más antiguo.

La vía negativa y el límite del lenguaje

La tradición apofática, desarrollada en la teología medieval pero con implicaciones epistemológicas más amplias, propone que ciertas verdades no se alcanzan acumulando afirmaciones sino eliminando falsas certezas. El conocimiento avanza no añadiendo sino quitando: quitando las ilusiones de completitud, los supuestos no examinados, las afirmaciones que parecen sólidas hasta que se las presiona desde fuera del sistema.

Wittgenstein, al final del *Tractatus Logico-Philosophicus*, formula algo estructuralmente parecido cuando distingue lo que puede decirse de lo que solo puede mostrarse. El límite del lenguaje es el límite del mundo pensable; lo que queda más allá no se dice: se muestra, o no se accede a ello en absoluto. La Fase III opera de forma análoga: el tercer observador no articula su conocimiento de manera diferente al segundo. Lo porta de otra manera. La diferencia no está en el contenido de lo que sabe sino en cómo lo lleva, en que ya no lo necesita como argumento sobre quién es. Eso no se declara. Se muestra.

La kenosis como estructura cognitiva

El concepto de kenosis, vaciamiento en griego, tiene origen teológico pero describe una estructura que puede leerse en términos puramente cognitivos. En su sentido laico, la kenosis nombra el movimiento por el que el sujeto se vacía no de contenido sino de la necesidad de que ese contenido lo defina. No se trata de abandonar el conocimiento sino de abandonar la dependencia del conocimiento como sostén identitario.

La transición de Fase II a Fase III tiene exactamente esa estructura. Lo que se pierde no es el dominio técnico, que permanece intacto. Lo que se pierde es el peso que ese dominio llevaba: la necesidad de defenderlo, de que nadie lo cuestione sin consecuencias para el yo, de que las excepciones al sistema sean amenazas y no simplemente excepciones. El vaciamiento no empobrece al sujeto. Lo libera de una carga que había confundido con una fortaleza.

El *wu wei* taoísta

El concepto taoísta de wu wei se traduce habitualmente como no-acción, pero esa traducción es engañosa. Wu wei no describe pasividad sino acción sin resistencia interna: el movimiento que fluye desde el conocimiento sin que el yo interfiera, sin que la necesidad de demostrar, proteger o validar añada fricción al acto.

El tercer observador de la galería opera de esa forma. Su intervención no cuesta nada, no porque sea superficial sino porque no hay ego que gestionar mientras la realiza. Dice lo que ve, corrige con precisión, devuelve la dignidad al primero, y lo hace desde un lugar donde esa conversación no tiene ningún stake existencial. No es indiferencia. Es la acción limpia de quien ya no necesita que el resultado confirme quién es. La Fase III, en este sentido, no es un estadio de menor actividad sino de menor fricción interna.

Una síntesis provisional

Lo que distingue al Círculo del Saber de todos los marcos descritos no es que los contradiga sino que articula algo que ninguno de ellos nombra de forma completa: la asimetría entre los dos tránsitos del modelo. El primero, de Fase I a Fase II, es aditivo y tiene equivalentes en casi todos los marcos psicológicos del aprendizaje. El segundo, de Fase II a Fase III, es sustractivo y solo encuentra precedentes en tradiciones filosóficas que los modelos psicológicos modernos raramente incorporan.

Esa asimetría tiene una consecuencia práctica que ningún marco psicológico predice: más formación no resuelve el problema de la Fase II. Más evidencia no garantiza la transición. Más reflexión metacognitiva puede incluso reforzar la clausura si esa reflexión sigue siendo un producto del mismo sistema que se pretende examinar. Lo que cambia la Fase II no es una intervención sino una experiencia: algo que el sistema no puede digerir y que, en lugar de ser descartado, se sostiene el tiempo suficiente como para rozar el marco desde fuera.

Cuándo ocurre eso, si ocurre, no depende del sujeto. Depende de si algo exterior al sistema tiene la suficiente densidad como para no ser neutralizado. Y de si el sujeto, en ese momento, tiene la disposición de no neutralizarlo. Esa disposición no se fabrica. Pero puede cultivarse.

Tajfel, H., & Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W. G. Austin & S. Worchel (Eds.), The social psychology of intergroup relations (pp. 33-47). Brooks/Cole.
Piaget, J. (1952). The origins of intelligence in children. International Universities Press.
Dweck, C. S. (2006). Mindset: The new psychology of success. Random House.
Wittgenstein, L. (1922). Tractatus Logico-Philosophicus. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co.